

De un amor inútil víctima demasiado constante*

*Jacques André***

“¡Y para qué cansarse de un lamento inoportuno!”

El parlamento de Orestes dirigido a Hermiona es para la tragedia de Racine en su conjunto un justo excergo, tanto por el lamento como por la inoportunidad. De ésta se puede hacer una primera representación: visual en la circunstancia. Que se coloque uno al lado del otro el texto de los *Plaidéurs* (litigantes) y el de una tragedia del mismo autor cualquiera que ésta sea, la diferencia salta a la vista: en una las réplicas breves se encadenan en un diálogo; en la otra las peroratas, por su sola longitud, imponen una sucesión de monólogos. Lo que la percepción registra se transforma en un difícil problema para el director de la obra de teatro: ¿Qué hacer con los personajes presentes en el escenario obligados a esperar en silencio, mientras que otro habla? Una solución seleccionada de preferencia entre muchas es notable por lo que indica sobre la naturaleza de las declaraciones proferidas. La selección es plástica: más que imponerles a los actores permanecer mucho tiempo reducidos al silencio, la rigidez de la incómoda posición de estar frente a frente con el locutor, el director de la obra de teatro los trata como si los actores fueran formas. La postura, el vestuario, la conjugación con los elementos de la deco-

* “*Novvelle Revne de Psychanalyse*”, núm 47, 1993. Traducción de Mamoudou Si Diop y Margarita Elena Magaña Sánchez, área de Análisis del lenguaje, Depto. de Educación y Comunicación, UAM-X.

** Psicoanalista francés. Responsable del Centro de Investigación de Psicoanálisis y Psicopatología del la Universidad París VII.

ración... el trabajo puede optar por una o la otra de estas vías, pero todas sancionan la ruptura de la situación de interlocución. Alguien habla: sus palabras se dirigen, pero... ¿a quién? La sensación de un desfase, de una "torpeza", se transforma tal vez en conciencia de la inoportunidad, la cual, entonces, irrumpe en el discurso para ponerle fin. "¿No contesta usted para nada? Pérfido, me percateo de esto. / Cuenta usted los momentos que pierde conmigo."

Tal desequilibrio es difícil de sostener, comenzando por el lector y por el espectador, que necesitan para asegurarse o para satisfacerse que de vez en cuando las personas se reúnan. Una de las formas del texto racineano para paliar la dificultad es más una escapatoria que una solución: el recurso a los confidentes. A Andrómaca, a Pirro, a Hermione y a Orestes corresponde, punto por punto, la serie de Cefise, Fénix, Cleona y Pílade. Se entiende fácilmente que este procedimiento es una evasiva: el confidente es un doble, un eco o un espejo; sin duda alguna permite que cese la *inoportunidad*, pero es apartándose de la alteridad, evitando el objeto.

Un amor retribuido con demasiada ingratitud

¿De qué se lamentan? La construcción de *Andrómaca* es ejemplar, en tal medida metódica que nos lleva, sabido es, a la siguiente ocurrencia: Orestes ama a Hermione que ama a Pirro que ama a Andrómaca que ama a Héctor, quien está muerto. ¡Cuán doloroso es no ser amado por al que se ama! En esta construcción en escalera, los amantes no comparten nunca el mismo peldaño. A quien se le brinda amor declara, él mismo, su pasión a otra persona. La inoportunidad se presenta automáticamente. "Qué ella se vaya... ¡Me evitaría así molestias y fastidio!" La inoportunidad o el triste oficio: el de recoger los llantos que no son para mí.

Le sucede al amor locamente apasionado que se transforme en odio: "Lo amé demasiado para no odiarlo ahora". Este cambio por lo inverso tiene, por lo menos, el mérito de proporcionar a la acción un dinamismo que, de otra manera, le faltaría singularmente. He aquí el drama, pero lo trágico se encuentra en otro lugar. El odio es ajeno al lamento, éste termina más bien con aquél. Cuando usted me odie, no lo lamentaré. El odio tiene un objeto, mientras que el lamento lo perdió; el lamento es esta misma pérdida, o más exac-

tamente el discurso de dicha pérdida. Concebido de esta manera, resulta obvio que un teatro así no tiene lugar para Romeo y Julieta o para sus semejantes. Los que se aman son extraños al mundo racineano. Sin duda se encuentran algunos representantes tales como Hipólito y Aricia, pero su pareja queda al margen, casi ignorada. ¿Y qué con Tito y Berenice? Precisamente, ellos se pierden. Lo trágico en Racine le da la espalda a los que no tienen de qué lamentarse.

Cada quien dirige su amor a otro lugar que no responde, o que ya dejó de responder. El amor por el objeto es un amor perdido. *Objeto*: el psicoanálisis comparte este término con la lengua clásica.¹ El primero evoca el desafortunado objeto de un tan tierno amor, mientras que la segunda escribe más prosaicamente: "*Die Objektfindung ist eigentlich eine Wiederfindung*".² Lo que aproximativamente puede decirse en francés: "Trouver l'objet, c'est à proprement parler le retrouver". Y en castellano: "Encontrar el objeto es, hablando con propiedad, volverlo a encontrar." Entre encontrar y volver a encontrar existe la experiencia que es tan radical como fundadora de la pérdida. Esta problemática de la pérdida del objeto ya dio bastante que hablar analíticamente para que nos ahorremos el desarrollo, una vez más, de su comentario, por no decir de su lamento. Esbochemos simple y sencillamente algunos grandes trazos.

En el nivel superior, el objeto perdido es el de los amores edipianos imposibles. Este escenario mezcla la rivalidad con lo prohibido. Racine no lo desconoce, pero la dinámica en Racine permanece adyacente y, para decirlo de una vez por todas, secundaria. Xifarés: "¡Cómo! Yo podía haber conmovido un corazón como el de usted. / Usted podría haberme amado y, sin embargo, iotro / poseerá ese corazón del que yo quería atraer los deseos!" Más claramente todavía, la rivalidad está puesta en la cuenta de las ilusiones que toman los deseos por realidades, tal como Orestes cuando se imagina que el aparente cambio de Pirro a favor de Hermione le debe todo a su presencia competidora.

La prohibición del objeto inscribe la pérdida de los usos y costumbres, tiene él un gran mérito de permitir la circulación de las mujeres y la alianza de los hombres. Sin llegar a este registro

¹ Lo que subrayan los autores del *Vocabulaire de la psychanalyse*, PUF, 1967, p 290.

² *Gesammelte Werke*, V. p 123.

propriadamente cultural, en el nivel de abajo el objeto se pierde al cesar de ser parcial para volverse total, "en la época en que se vuelve posible para el niño formar la representación global de la persona a la que pertenecía el órgano que le procuraba satisfacción."³

Bajemos un escalón más, en un tiempo que está indisolublemente de pérdida y de constitución del objeto. Un tiempo en que el niño de pecho, incapaz de valerse por sí mismo, está entregado al cuidado de otra persona y, en el mejor de los casos, al amor de ésta. En la intrincación de los cuidados y del amor, de lo vital y de lo sexual, reside lo que hace de la pérdida del objeto una experiencia por la que se inicia la vida psicosexual, y no una simple separación dejada al capricho de las historias singulares. La leche nutre pero es el seno el que se pierde. Para ser infiltrado, recubierto del significantes sexuales, el "objeto" de la autoconservación, objeto del que uno se alimenta, es imposible volverlo a encontrar como tal, en la desnudez de la necesidad y de su satisfacción. El objeto se pierde como regla, siempre se busca de nuevo y nunca se encuentra.⁴ Aquí las palabras giran sobre sí mismas, porque es tan difícil para el lenguaje describir un tiempo del que él mismo es originario. Las expresiones "pérdida del objeto" u "objeto perdido" dan la impresión de pleonasmos: el *objeto* como tal incluye la separación o su propia pérdida. En el sentido en que lo entiende el psicoanálisis, no hay objeto antes de que se pierda. Ahí se fundan su contingencia y el juego de las sustituciones ulteriores; y lo que nos toca de melancolía. Al carácter inexorable de la pérdida, de su persistencia más allá de todos los reencuentros, responde la infinitud del lamento.

Cuando se acaba la serie: Orestes que ama a Hermiona que ama... por: Héctor que ha muerto, nos dejamos invadir por el placer de la consonancia, a expensas del sentido. Héctor no está muerto para todo el mundo. Andrómaca: "Mi pasión por Héctor fue encendida antaño;/ con él en la tumba, ella se encerró." La sombra del objeto recae también en el hijo (Astianax): "Es Héctor, decía ella, siempre que lo besaba;/ he aquí sus ojos, su boca y su audacia ya;/ es Héctor mismo, es a ti, querido esposo al que yo beso." El exceso melancólico libra la verdad de lo trágico racineano, lo trágico de la pérdida, de lo que se perdió del amor. "No hay

³ Freud, *Trois essais sur la théorie sexuelle* (1905), Gallimard, 1987, p 165.

⁴ Sobre este asunto, cf. el comentario de J.Laplanche: *Vie et mort en psychanalyse*, Flammarion, 1970, p 36 sq.

necesidad que haya sangre y muertes en una tragedia” escribe Racine en el prefacio de *Berenice*. Basta con “que en ella se resienta esta *tristeza majestuosa* que produce todo el placer de la tragedia”.

¿Jamás se vio más debilidad en un gran corazón?

Un paciente inventario de los temas racineanos descubriría fácilmente aquí algunos rasgos de venganza y en otro lado algunos indicios de gloria. Pero en lo esencial las cosas se reducen a un núcleo único: la separación de los que (se) aman o, más radicalmente: la separación, la pérdida de todo amor en el corazón. Lo que *Andrómaca* representa en la mayor pureza, lo que *Berenice* pone en acción: “¡Lo amo, huyo de él! Tito me ama, él me abandona”.

El teatro de Corneille, con el riesgo de traicionar la diversidad por las necesidades de la “contradicción”, en lo que le concierne está edificado alrededor de una oposición: la gloria por un lado, el amor por el otro; una oposición no tan “corneliana” como parece, tanto la balanza se inclina del lado de la gloria. La gloria y el amor mismos no están lejos de oponerse una al otro, al igual que lo público y lo privado, lo mismo que los hombres y las mujeres. Es del lado de ellas que se encuentra el amor y el lamento. El viejo Horacio, arengando a los hombres, hijos y yerno, les dice: “¿Qué es eso, mis hijos? ¿Escuchan sus pasiones / y todavía pierden su tiempo con las mujeres? / Dispuestos a derramar su propia sangre, miran Uds. las lágrimas? / Huyan y déjenlas lamentar sus desdichas. / Sus lamentos tienen para ustedes demasiado arte y ternura. / Ellas les darían a conocer sus debilidades a ustedes / Y es sólo huyendo que se pueden detener tales golpes.” Como pasión y mujer riman (en francés “flamme et femme”), no es necesario insistir mucho para subrayar que todo en la gloria está erguido. El partido de la gloria es el de la inflexibilidad.

Cuando la violencia del antagonismo organiza lo trágico corneliano, el abismo de una pérdida engendra lo trágico racineano. Que un hombre en Racine parezca volver a encontrar su aplomo, es decir, que se reconcilie con la gloria, no se trata más que de una falsa apariencia, “esperanza” pronto abandonada; se sabe lo que valen las victorias de Pirro: “¡Ah! Lo reconozco a usted... Ya no es

el juguete de una pasión servil / es Pirro, es el hijo y el rival de Aquiles./ Que la gloria por fin regrese bajo el dominio de sus leyes". La fuerza del alma es debilidad del corazón en Racine. El amor en éste no se opone a lo que lo combate, pero se nutre de su propia pérdida. Se sabe que es en este sitio, el lugar del amor, que se ha aplicado la cábala de los cornelianos: la dignidad de la tragedia "exige algún gran interés de Estado o una pasión *más noble y más viril que el amor*, como son la ambición o la venganza".⁵

El amor, pues, nada más el amor. Este monolitismo racineano conlleva otro monolitismo, el de la esfera privada a expensas de la *res publica*, apenas convocada. Y sobre todo, es precisamente aquí a lo que queremos llegar: no hay hombres, nada más mujeres. Exageremos un poco el término, con el riesgo de parecer perentorio: primero observemos, antes de la ausencia de los hombres, que no hay madres en el teatro de Racine. No es Fedra la que dirá lo contrario, Andrómaca tampoco: Astyanax no es un *personaje* y, en las palabras de su "madre", él *es* Héctor. No hay madres, no hay hombres. Esta vez es un poco más difícil hacer la afirmación. Después de todo, se conocen los personajes masculinos del teatro racineano por sus hechos de armas. Todos héroes, todos guerreros. Pero las armas de las que se trata, a la hora en que lo trágico los invade, ya las han devuelto. "Usted es el emperador, Señor, ¡y llora usted!" Hasta Aquiles, furioso entre los furiosos, del que el corneliano Saint-Evremond se indignará porque Racine logró transformar en "galán". Un Aquiles que, además, no cree en sus palabras, como incrédulo ante su propio personaje. "¿De qué tengo que lamentarme? ¿Dónde están la pérdidas que sufrí?"

Corneille escoge la gloria y los hombres, mientras que Racine se inclina por el amor y las mujeres... la presentación es divertida; sin embargo, es algo apresurada. Ésta descuida lo que se modifica de la naturaleza misma de los términos al surgir en contextos diferentes. En Corneille, y más precisamente en *Horacio*, el lado del amor y de las mujeres se dibuja en negativo. Las mujeres son mujeres de las que no existen y es como una victoria de la castración la forma en que ellas interpretan la adhesión eventual de los hombres a su partido: Camila, "¡Animo! Se están ablandando ellos".

⁵ Corneille, Discours. "De l'utilité et des parties du poème dramatique" (1660), *Théâtre complet*, 1, Éd. Garnier, 1971, p 18.

Para estar solo y no deberle nada a una pasión adversa, el amor en Racine es algo diferente de la *renuncia* a la gloria. Y la mujer (o la feminidad de los hombres) algo diferente de un hombre ablandado. La valentía o la cobardía se encuentran, por eso mismo, desplazadas, el tiempo de un verso que sufre un poco debido a que suena cómico a nuestros oídos de hoy: “¡Ah! cobarde, haz el amor y renuncia al imperio”.

El lamento es femenino. Corneille y Racine lo dicen. Pero cada quien a su manera: “Los compadezco a ustedes, me compadezco a mí mismo; pero es necesario ir”. Hay un tiempo para todo, un tiempo para las palabras y las mujeres, un tiempo para las acciones y los hombres. Ay de quien (desdicha de la contracción) no sepa *reconocer la diferencia*: “Y, puesto que usted encuentra más encanto en el lamento, / he aquí que llega mi hermana para lamentarse con usted”. La forma corneliana nos es de una virilidad conocida.⁶ Es bien sabido que el llorar pertenece a la naturaleza del sexo. El riesgo de estos propósitos fuertemente estructurados consiste en remitir al falocratismo toda consideración sobre la feminidad del lamento. A lo que, sin embargo y de otra manera, nos introduce Racine.

Sin tener, cuando se ama, más objeto que su amor

¿De qué se lamentan ellas? ¿Dónde están las pérdidas que sufrieron?

En la gran reorganización de la teoría de la angustia que constituye *Inhibition, symptome et angoisse*, lo que retendrá nuestra atención es un tope en la argumentación. Este tope, en el que se encuentra la pérdida de amor, el razonamiento de Freud se atasca, antes de doblegarse notablemente.

En la primera teoría de la angustia, tal como está expuesto por ejemplo en la XXV *lección* de 1916,⁷ hay un doble aspecto en relación directa con lo que decimos: primero, la relación estrecha entre la angustia y el exceso sexual, después la naturaleza *interna* del peligro cuya manifestación es la angustia. La neurosis de angustia (del grupo de las neurosis actuales) es la más adecuada para ilustrar el primer aspecto. En este aspecto, Freud puso el énfasis sobre la presencia flotante de un quantum de libido, desligado de

⁶ Aun si comprendemos que el viejo Horacio y su hijo no representan todo Corneille.

⁷ *Introduction à la psychanalyse*, Payot, p 370, sq.

toda representación, y sobre la carencia del trabajo psíquico, que fracasa al operar las relaciones, las simbolizaciones necesarias. Esta libido excesiva, incontrolable, que invalida los intentos de elaboración, es la angustia misma.

El segundo aspecto, con el énfasis puesto sobre el ataque interno, está representado clásicamente por la histeria de angustia (la fobia). Las relaciones respectivas de la represión y de la angustia en la fobia constituyen un tema ampliamente trillado; pero lo que sigue nos obliga a hacer un mínimo de repeticiones. La operación de la represión consiste en descartar un grupo de representaciones que la conciencia no acepta, disociándolas del afecto (amor u odio) al que hasta ese momento se encontraba ligado. La desligadura del afecto –como la libre flotación de un quantum de libido en la neurosis de angustia– se traduce por un desbordamiento de las capacidades representativas de la psique: el afecto desligado es la angustia. Contra ese peligro interior, irruptivo, que desarma toda huida, la fobia aporta la solución que conocemos: la sustitución del peligro interno por un peligro externo (para el pequeño Hans: el encuentro con el caballo) contra el que esta vez es posible tomar medidas preventivas.

Retengamos, pues, el exceso de lo sexual y el carácter interno del ataque como los ingredientes de la primera teoría de la angustia. La segunda teoría, la que motiva la escritura de *Inhibition, symptôme et angoisse*, al mismo tiempo que se coloca bajo el signo de la castración, opera una inversión radical: de *adentro* hacia *afuera*. Ya no es la represión la que crea la angustia, sino, al contrario, la angustia (como señal) la que provoca la represión.⁸ En la primera teoría la angustia resulta de la *fractura* de los límites del yo por la libido no atada aun si el yo, en el primer tópico, no es verdaderamente detectado como instancia. En la segunda, el yo no sólo es el sitio psíquico afectado por la angustia, sino incluso la fuente de ésta. El peligro pulsional no ha desaparecido, pero ya no se le confiere más que un lugar secundario: sólo es peligroso porque suscita una situación de peligro externo, en última instancia: la amenaza de castración. La angustia es angustia de castración. Se ha de notar que el desplazamiento metapsicológico de

⁸ Freud, *Oeuvres complètes*, t. XVII, PUF, 1992, p 226.

adentro hacia afuera es homólogo de lo que, en la primera teoría, fue descrito como la operación fóbica misma.

Tuvimos la oportunidad de subrayar en otra ocasión que la primacía del falo, como relación de ordenamiento que conjuga el deseo y la ley, como organización binaria de las representaciones, (el tener o no tener) se sitúa tópicamente del lado de la parte organizada del eso: del lado del yo.⁹ Esta situación adquiere todo su peso en *Inhibition, symptôme et angoisse* en que, con un mismo movimiento, la angustia ante la libido cede el lugar a la angustia de castración y en la que el yo (y con éste la vertiente de la adaptación) adquiere una prelación sin igual en la obra freudiana.¹⁰

Llegamos al *tope*. Apenas efectuado el desplazamiento de la primera teoría de la angustia a la segunda, Freud desanda lo andado. Entre las interrogaciones que lo llevan a no estar satisfecho de la segunda teoría, está la angustia de las mujeres. Desde el punto de vista de la teoría fálica, la castración de las mujeres siempre está ya realizada en el sentido de Freud, la única castración que hay es la del pene; ésta da materia al complejo, mas no a la angustia. Esto nos lleva a hacernos dos preguntas: la primera concierne a las mujeres: ¿cuál es, en el caso de ellas "la cosa peligrosa que se teme"?, ¿cuál es el objeto de la angustia de las mujeres? La segunda pregunta convoca a la metapsicología de la angustia en su conjunto: si la angustia no se deja reducir a la angustia de castración, ¿no será más allá de la prioridad causal acordada al peligro externo que se debe poner en tela de juicio? Sin que lo sepa Freud, estas dos preguntas, la de la feminidad y la del vínculo entre la angustia y el peligro pulsional interno, nos parecen estar muy de acuerdo.

La castración amenazadora no es fuente de angustia para las mujeres y, sin embargo, nos dice Freud, están ellas más dispuestas a la neurosis que los hombres.¹¹ ¿Cómo salirse de esta dificultad? Desplazándose de la representación genital de la pérdida a la experiencia general de la *separación*. La pérdida del seno materno experimentada en el destete —misma que sigue a la separación del nacimiento— y la separación del contenido intestinal son tantas

⁹ Cf. nuestro artículo "¿Y a-t-il une théorie freudienne de la feminité?", *Psychanalyse à l'université*, no. 66, abril de 1992.

¹⁰ Nótese que este movimiento lleva a Freud a una lectura reduccionista (a la castración) y empobrecedora de su propia clínica, la del Hombre de los lobos y la del pequeño Hans.

¹¹ *Inhibition, symptôme et angoisse*, OCF, XVII op. cit., p 258.

pérdidas del objeto repetidas con regularidad. En el caso del niño, estas pérdidas preparan al yo a la castración y hacen de ésta la recuperación (aún más la quintaesencia) de las experiencias precedentes.

Esta forma de inscribir la castración en el linaje de las pérdidas autoriza a mantener el principio de una misma fuente para la angustia, en los hombres y en las mujeres. En efecto: “Es precisamente en la mujer que la situación de peligro de la pérdida del objeto parece haber conservado más eficiencia”.¹² Seamos más precisos: no basta con decir “pérdida del objeto”, hay que agregar una “pequeña modificación” a la fórmula: no se trata de la ausencia sufrida o la pérdida real del objeto, se trata más bien de la “*pérdida del amor de parte del objeto*”.¹³ “Huyo de los ojos distraídos/ que, aún viéndome, nunca me veían”. Retorno a lo trágico racineano y a las palabras del lamento.

De la pérdida del objeto a la pérdida del amor por el objeto, el acento se desplaza de una separación real a una desvinculación de la libido de las representaciones a las que ella estaba apegada. La mujer que se perfila así, en este punto de recepción del razonamiento implícitamente impuesto por la teoría de la primacía del falo, recuerda en forma total al niño muy pequeño descrito por Freud en la XXV *lección*, a partir del análisis de sus angustias nocturnas o ante un rostro extraño. En una como en el otro, la angustia se origina en el ataque pulsional. La “superposición” entre lo femenino y lo infantil, que Freud sugiere muy elípticamente en “Le problème économique du masochisme” (El problema económico del masoquismo),¹⁴ toma aquí consistencia, pero en términos no ponderados por el autor. Al mismo tiempo que lo femenino y lo infantil se traslapan —¿quién, en efecto, podría pretender que la experiencia angustiante y arcaica de la pérdida del amor por el objeto no concierne al bebé varón?— se efectúa una *regresión* del peligro externo al peligro *interno*.

Queda por preguntarse lo que hace *la feminidad de la pérdida del amor por el objeto* y, más allá, del lamento. No es de Racine que se esperan las respuestas, basta con que él produzca la rima de ellas. Las respuestas a las preguntas que la rima hace es lo que se puede esperar, contrariamente, de la teoría freudiana. Para nues-

¹² *Ibíd.*

¹³ *Ibíd.*

¹⁴ (1924), OCF. XVII, op. cit., p 14.

tra buena suerte, la respuesta en esta circunstancia no llega, invitándonos a contestar, no en su lugar, sino en el nuestro propio.

Freud no contesta... el hecho mismo exige algunas precisiones. El concepto de feminidad que Freud sostiene parece, sin embargo, ofrecer una respuesta obvia. A diferencia del niño, el devenir psico-sexual de la niña debe negociar un doble cambio: de zona erógena y de objeto. Dejemos al primero que esperará la pubertad para producirse. Este cambio se opera de la madre al padre. Este cambio-pérdida del primer objeto parece coincidir bien con lo que Freud subraya en otro lugar: el vínculo privilegiado de lo femenino y de la angustia de la pérdida del amor. ¿Cómo comprender entonces que no se encuentra ahí ningún rastro de esta calificación femenina de la angustia donde se esperaban algunos esclarecimientos sobre el tema: en los artículos de 1931 y de 1933 dedicados a la sexualidad femenina? La razón de esto es sencilla, más lógica que analítica: la pérdida del primer objeto, la ruptura de la hija con la madre (y el refugio consiguiente en el abrigo paterno), lejos de ser descrita como una irrupción de la angustia es, por el contrario, definida como un momento de apaciguamiento, de sedación de la angustia.

Si los textos sobre la feminidad no responden, por lo menos los textos sobre la angustia aportan los primeros elementos. El camino sinuoso de Freud de la angustia como equivalente de una libido sin ataduras a la angustia asimilada a la angustia de castración se termina, pues, por “un paso atrás”, colocando esta vez en el primer plano el *Hilflosigkeit* y el trauma. Lo que a fin de cuentas se teme, el objeto de la angustia, está cada vez, escribe Freud, la aparición de un factor traumático, un estado de tensión resentido como desagrado, y al que no se puede dominar con una descarga.¹⁵ El ataque pulsional pasa de nuevo al primer plano, pero con esta diferencia en relación con la teoría inicial: ya no se pone el énfasis en la misteriosa transformación de la libido en angustia, sino en la fractura del yo, en el desbordamiento de las capacidades de relación en que consiste el afecto de la angustia. La dimensión del trauma, teniendo como tela de fondo el estado de afiliación del lactante, retiene el ataque a su fuente: de afuera antes de ser de adentro. La fractura del yo por los representantes del impulso está “precedida” por la fractura del niño debido a las intromisiones del

¹⁵ “Angoisse et vie pulsionnelle” (Angustia y vida pulsional) (1933) in *Nouvelles conférences d'introduction à la psychanalyse*, Gallimard, 1984, p 127.

adulto que cura/que ama, adulto que a sus gestos mezcla “sentimientos provenientes de su propia vida sexual”.¹⁶

La pérdida del amor por el objeto –idéntica en su radicalidad al movimiento de diferenciación con el que el objeto mismo se constituye– reside menos en las ausencias o las carencias de éste (esto es un asunto singular) que en el desfase entre lo que hace intrusión en el niño (la sexualidad como una “infección”) y sus capacidades de respuesta, tanto psíquica como somática. “¡Ah! cruel, por piedad, demuéstreme menos amor.”

Si la angustia femenina de la pérdida del amor es una prolongación de la angustia del niño de pecho, como Freud lo escribe sin argumentar,¹⁷ es, a nuestro entender, por que el ser-penetrado, que califica a la posición femenina, es con el ser-fracturado que define la apertura del primer niño a la vida psicosexual, en una relación de superposición. Esta primera feminidad del bebé (incluido el bebé varón) se le puede calificar, si así se desea, de prefeminidad, en el sentido de que todavía no está tomada ni puesta en la diferencia de los sexos. La feminidad propiamente hablando supone que estén puestas en correlación la intrusión seductora, traumática y fundadora de la vida sexual con la penetración del pene paterno. Lo que con Melanie Klein podemos situar muy precozmente (y estamos propensos a seguirla en este punto), o muy tardíamente, de forma clásica, con Freud.

Lo que consideramos aquí, de modo muy arcaico, exigiría que se le siguiera a lo largo de una psicogénesis de la feminidad. Al limitarse al registro de la angustia, es decir, antes de las palabras del lamento, pero en la fuente de éstas, nuestras conclusiones actuales serían más o menos las siguientes: porque el empuje genital femenino, por hablar como Lou Andreas-Salomé, sumerge el yo-cuerpo de adentro, este empuje está dentro de una relación de igualdad con el ataque pulsional como tal, con el ataque por lo sexual de la envoltura periférica interna del yo, es decir, en el mismo nivel que las condiciones de irrupción de la angustia. Cuando subraya la angustia *directa* de las mujeres frente a la función

¹⁶ *Trois essais*, op. cit., p 166. Se sabe de los recientes desarrollos que J. Laplanche ha aportado a la teoría de la seducción, cf. *Nouveaux fondements pour la psychanalyse*, PUF, 1987.

¹⁷ “Angoisse et vie pulsionnelle”, op. cit., p 119.

sexual,¹⁸ Freud hace pensar en algo del mismo orden. Freud sugiere igualmente una propensión femenina a traducir somáticamente los ataques de angustia, esta propensión desemboca esta vez sobre una queja que, por ser femenina, ya no es racineana. Las novelas de Jeanne Hyvrard,¹⁹ y, por qué no, *Mars* de Fritz Zorn, proporcionarían en este caso una referencia literaria más apropiada.

Quedémonos con el cuerpo fracturado, genitalizado, y quedémonos con las pérdidas del amor. De esta feminidad que concebimos al hilo de la apertura del niño del *Hilflosigkeit*, a la intrusión adulta, se encuentra la huella en un texto tardío de Freud sobre los *tipos libidinales* a propósito del “tipo erótico”:

Las personas eróticas son aquéllas cuyo interés esencial —la parte relativamente más grande de su libido— está orientada hacia la vida amorosa. Amar, pero especialmente ser amadas, es para esas personas lo más importante. Dichas personas están dominadas por la angustia de perder el amor y, de esta manera, son particularmente dependientes de quienes pueden frustrarlas (*versagen*, negarles) de este amor.

Freud prosigue: “este tipo representa las reivindicaciones pulsionales elementales del *eso* a las que se han doblegado las otras instancias psíquicas”.²⁰ “Cuando el alma está sojuzgada al amor como esclava.”

De este modo están asociados en un mismo encadenamiento necesario la primacía del otro, la fidelidad a través del “ser amado”, a las “primeras experiencias sexuales, naturalmente de naturaleza pasiva”²¹ y la angustia de perder el amor. ¿Qué es lo que “impide” a Freud calificar este tipo de femenino aun cuando lo hace inclinarse claramente del lado de la *histeria*? No el hecho de que los hombres puedan igualmente conformarse en ello —la bisexualidad psíquica dispensa de doblegarse a este anatomismo ingenuo— sino sí a la teoría fálica de la feminidad que Freud sostiene en la misma

¹⁸ *Inhibition, symptôme et angoisse*, op cit, p. 206. Habría aquí que tomarse el tiempo de evocar a Melanie Klein y los hilos que teje entre lo inconsciente, lo interno y lo femenino; cf. *La psychanalyse des enfants* (1932), chap. XI, PUF, 1959.

¹⁹ *Les prunes de Cythère et Mère la mort*, Les Editions de Minuit, 1975 y 1976.

²⁰ (1931) in *La vie sexuelle*, PUF, 1969, p 157.

²¹ Sobre la sexualidad femenina (1931), in *La vie sexuelle*, op. cit. p 149. Texto falocéntrico pero rico en evocaciones, por ejemplo, sobre la cuestión de la pasividad.

época. Entre esta última feminidad, muy secundarizada, incluso pubertaria, y la feminidad histérica, impregnada por la situación de seducción originaria, y nunca teorizada como tal por Freud, la zanja es efectivamente difícil de llenar. De la mujer, del “tipo femenino”, conforme a la lógica fálica, Freud había propuesto una primera representación en 1914 en “Pour introduire le narcissisme” (Para introducir el narcisismo). Bella e inaccesible como lo son “los gatos y los grandes animales de presa”, cultiva el narcisismo a guisa de reparación del daño.²² “Ser amado”, para ella, es menos pasividad pulsional que efecto de espejo. Si alguien se lamenta, no es ella, sino más bien el hombre, insatisfecho, lleno de dudas ante lo impenetrable; el hombre, agrega Freud, con quién ella se muestra “fría”... Mujer fatal y fatalmente frígida.

Una se abre cuando el otro se cierra. Perdido allá, aquí al objeto se le despide. El derramamiento del lamento es solidario de la apertura mantenida y del riesgo enfrentado (sino aceptado) de la pérdida. En francés, ‘amor’ (amour) rima entonces quejosamente con ‘siempre’ (toujours), con el fin de impedir que surja la verdad del jamás. “*Jamás!* ¡Oh, señor! ¿Piensa usted en usted mismo? / ¡Cuán horrible es esa cruel palabra cuando se ama!”

²² En *La vie sexuelle*, op. cit., pp 94-95.